

The background of the entire cover is a photograph of an airport terminal. In the foreground, there are several empty airport-style chairs. In the background, a couple is seen in silhouette, embracing and kissing. The scene is lit with a strong, warm light, likely from large windows, creating a romantic and nostalgic atmosphere.

# *Anna Casanovas*

**CADA VEZ  
QUE TE VAS**

*Anna  
Casanovas*  
**Relatos**

© Anna Turró Casanovas, 2011

Este relato no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del propietario. Todos los derechos reservados.

Diseño portada: © Marina Turró Casanovas, 2011 – Web: [www.marinaturro.com](http://www.marinaturro.com)

Depósito Legal: B-XXXX-11

**ANNA CASANOVAS**  
**CADA VEZ QUE TE VAS**



## 1

## EL PRAT

*Febrero*

Victoria estaba de pie en medio de uno de los pasillos del aeropuerto con la mirada fija en una de esas horribles pantallas de ordenador. «Delayed». El vuelo 5478 con destino Bruselas iba con retraso, y no era el único a juzgar por la cantidad de líneas rojas que llenaban la pantalla; más de la mitad de los vuelos con destinos europeos iban con retraso por culpa del mal tiempo. Resignada, caminó hacia una cafetería que había cerca de la puerta de embarque asignada a su vuelo y se puso a la cola para pedir un café. Minutos más tarde, y con un vaso de cartón repleto de un líquido marrón que apenas contenía su dosis diaria de cafeína, se sentó en una silla a esperar. Debido a los retrasos, casi no había sitios libres, pero Victoria tuvo suerte y dio con uno justo delante de la pared. Dejó el bolso en el suelo, un bolso que pesaba demasiado, y sacó el libro que estaba leyendo. La silla que había encontrado era la última de la fila, así que Victoria no tenía nadie a su derecha, y a su izquierda había una señora de unos ochenta años, o mil, que parecía sacada directamente de la Selva Negra con esas mejillas sonrosadas y unos brazos que, a pesar de la edad seguro que todavía podían llevar cuatro jarras de cerveza en cada uno. Victoria notó que la señora la miraba y le sonrió, y la otra le devolvió la sonrisa. Después, se aseguró de cerrar bien el bolso y se levantó un instante para deshacerse del horrible, y ahora vacío, vaso de cartón. Miró de nuevo la pantalla para ver si había pasado un milagro y anunciaban la llegada de su vuelo, y tras comprobar que no, volvió a sentarse y abrió el libro por la página veinte. Y se quedó dormida.

La voz de los altavoces del aeropuerto la despertó una hora más tarde y lo primero que notó Victoria, incluso antes de abrir los ojos, era que tenía la cabeza recostada en el hombro de la persona que ocupaba la silla de al lado. Y que no era una venerable mujer alemana de ochenta años. No, ese hombro pertenecía a alguien mucho más joven que olía muy bien y que, sin lugar a dudas, pertenecía al sexo opuesto. Muerta de la vergüenza, se preparó para disculparse e irse de allí de inmediato, pero el dueño del hombro se lo impidió.

-Creo que nunca había leído nada de Shakespeare –dijo-, supongo que eso no dice nada bueno de mí –añadió como si estuviera hablando solo-. Es genial-. El propietario del hombro pasó página y debió de notar que ella se había despertado porque cerró el libro y ladeó la cabeza para mirarla-. ¿Has dormido bien?

Victoria se apartó y se incorporó. No sólo se había quedado dormida encima de él, sino que tenía la mano derecha encima de la pierna izquierda del pobre chico.

-Lo siento –confesó mortificada al apartar la mano-. Yo... yo... -Se apartó el pelo y rezó para no tener restos de baba en la cara.

-Te has quedado dormida –él terminó la frase-. No pasa nada. Toma –le pasó el ejemplar de *Romeo y Julieta*-, estaba en el suelo.

Victoria lo aceptó.

-Gracias-. Desvió la mirada hacia las pantallas de información.

-Me temo que todos los vuelos siguen retrasados –dijo él al adivinar lo que ella estaba tratando de averiguar-. Bueno, casi todos, la señora que tenías sentada al lado ha tenido la suerte de poder embarcar. Parecía sacada de *Sonrisas y Lágrimas*.

Victoria levantó las cejas y no pudo evitar sonreír al escuchar el comentario.

-A mí me ha recordado a las alemanas que van vestidas con delantales de colores y cargadas de jarras de cerveza.

-¡Sí! Creo que uno de sus brazos era como los dos míos –Él le devolvió la sonrisa-. Pero no era alemana, era italiana. La he oído hablar por teléfono –le explicó.

-Vaya, una ya no puede fiarse de los estereotipos.

-Sí, es una lástima. –Él, que hasta entonces había estado girado hacia Victoria, volvió a sentarse correctamente y apoyó la cabeza contra la pared-. Mira –le señaló discretamente a un señor altísimo que parecía un jugador de baloncesto retirado-, ese señor, el que lleva la chaqueta azul, ¿cuál es su historia? Yo diría que es americano y que de joven jugaba en un equipo de baloncesto.

-Puede –afirmó Victoria que también jugaba a menudo a tratar de adivinar la vida de los desconocidos que la rodeaban-, pero también podría ser un bibliotecario altísimo y que trabaja para el Vaticano.

-¿Para el Vaticano?, ¿de dónde sacas eso?

-No sé-. Victoria se encogió de hombros-. Hace un par de días vi una película en la que salía un sacerdote con la nariz idéntica a la de tu baloncestista y me lo ha recordado.

-¿Qué película?

-No me acuerdo del título. Era malísima.

En aquel preciso instante ambos se dieron cuenta de que llevaban varios minutos hablando como si se conocieran cuando en realidad ni siquiera se habían presentado, y se quedaron en silencio.

-Hola –él fue el primero en recuperar la voz y le habló mirándola a los ojos-. Me llamo Miguel Hernández –le tendió la mano-, y hasta ahora nunca nadie me había utilizado de almohada.

-Victoria –ella se la estrechó y sintió que se le ponía la piel de gallina. En los aeropuertos siempre había mucha electricidad estática.

-Encantado de conocerte, Victoria-. Miguel tardó unos segundos en soltarle la mano-. Llevo rato preguntándome si la Victoria de la dedicatoria eras tú. Tienes un nombre precioso-. Le señaló el viejo ejemplar de *Romeo y Julieta* que ella todavía tenía en el regazo-. Cuando lo recogí del suelo estaba abierto en esa página y no pude evitar leerla. Lo siento, no debí curiosear.

-No pasa nada-. Victoria buscó la dedicatoria que tantos años atrás le había escrito su padre: «Para Victoria, porque leer es lo único que nos diferencia de los animales»-. Mi padre me lo regaló cuando yo tenía quince años.

-¿Crees que tiene razón? –le preguntó Miguel-, ¿leer es lo único que nos diferencia de los animales?

-No, creo que hay más cosas, pero mi padre era profesor de literatura en un instituto –aclaró Victoria-. Los libros son toda su vida.

Miguel percibió que tras esa corta respuesta se escondía algo mucho más profundo de lo que dejaban entrever aquellas palabras, y sintió el casi irrefrenable impulso de alargar la mano y entrelazar los dedos con los de Victoria. Él no solía reaccionar así. No, él nunca reaccionaba así, sus amigos se burlaban de él por lo poco que se fijaba en las mujeres, y a Victoria, que acababa de conocerla, podría describirla con los ojos cerrados. Tenía que ser culpa de la diferencia horaria y de haberse pasado más de ocho horas encerrado en un avión. Seguro que se le pasaría estirando las piernas y tomando un café. O una docena.

-¿Te apetece tomar un café? –Después de todo, se dijo a sí mismo, no pasaba nada porque ella lo acompañara-. Mi vuelo lo han cambiado tantas veces de hora que creo que no saldré de aquí hasta mañana.

-¿A dónde vas? –Victoria guardó la novela en el bolso y recogió sus cosas para levantarse. Se engañó diciendo que sólo aceptaba la invitación porque había utilizado el hombro de Miguel de almohada, cuando en realidad sabía perfectamente que lo acompañaba porque quería charlar un poco más con él.

-A Bolivia, ¿y tú?

-Bruselas.

Caminaron juntos hasta una cafetería de las muchas que había en el aeropuerto y se sentaron en una mesa. Sin decirse nada, los dos pidieron lo mismo y los dos fingieron no darse cuenta.

-¿Vas de vacaciones? –le preguntó ella a él.

-No, que va. Trabajo en Médicos sin Fronteras y me están esperando en un hospital que tenemos montado en una parte remota de la selva. No te imaginas la cantidad de niños que están enfermos, y de ancianos. Y lo faltos que están de médicos y medicinas. Y aquí, fíjate, incluso en el aeropuerto puedes comprar suficientes analgésicos como para noquear a un elefante, si la gente se concienciara... Lo siento –se disculpó algo avergonzado-, no quería soltarte un discurso.

-No te disculpes. Es bonito ver a alguien con tanta vocación –dijo Victoria sincera.

-¿Y, tú, vas a Bruselas de vacaciones? –A juzgar por la cara de Miguel fue evidente que no le parecía un destino demasiado atrayente.

-No, creo que nadie va allí de vacaciones. Soy traductora e intérprete

-Suenas muy glamuroso.

-Pues no lo es. Trabajo para organismos oficiales.

-Cada vez me parece más interesante, eres como una espía-. Levantó las cejas y sonrió al mismo tiempo.

-No te burles de mí –se defendió ella sin estar enfadada-. Traducir discursos sobre las ayudas agrarias no tiene nada de interesante. Y puedo jurarte que nunca he visto a nadie remotamente parecido a James Bond. Tu trabajo sí que suena interesante. E importante.

Miguel se encogió de hombros para quitarle importancia.

-Es lo que tengo que hacer. Estudié medicina pensando en que así podría ayudar a la gente, y después de pasarme un par de años encerrado en un hospital de Madrid, vi que allí no era dónde más me necesitaban, así que me despedí y un mes después ya estaba trabajando para Médicos sin Fronteras.

Victoria y Miguel siguieron hablando de sus trabajos, de los distintos países que ambos habían visitado y de diversas tonterías, como por ejemplo por qué el regaliz de ahora no sabía como el de antes o por qué en las tiendas de regalos se empeñaban en vender sombreros mejicanos como recuerdos típicos de España. Pasearon juntos por el aeropuerto de Barcelona y entre preguntas y sonrisas se les pasaron las horas.



-Así que el libro de Romeo y Julieta te lo regaló tu padre –señaló Miguel al entrar en un quiosco.

-Sí, yo tenía quince años y no paraba de llorar porque el amor de mi vida se había enrollado con una de tercero de B.U.P.

-Ah, el encanto de una mujer mayor –apuntó Miguel en broma, pero se calló al ver que Victoria lo fulminaba con la mirada.

-No te rías. Tomás era el chico más guapo de mi instituto, y si no hubiera sido por esa arpía. –No pudo aguantarse más la risa-. Tienes razón, seguro que Vanessa, así se llamaba la de tercero, Vanessa, con dos eses.

-Una completa arpía.

-Exacto. Como iba diciendo, Vanessa sedujo al pobre Tomás...

-Pobre

-No me interrumpas.

-Perdona –le pidió Miguel sin remordimiento alguno.

-Vanessa sedujo a Tomás y yo me pasé toda una tarde diciendo que era la chica más desgraciada del mundo y que me iba a morir y cosas por el estilo.

-Caray con Tomás.

-Tenía quince años –le recordó Victoria a la defensiva-. Pues bien, en medio de ese ataque de autocompasión, mi padre entró en mi habitación y me regaló *Romeo y Julieta*. Y me dijo que lo que me estaba pasando no tenía nada que ver con el amor, sino con tener el orgullo herido.

-Palabras sabias, aunque no sé si te sirvieron de mucho. Cuando yo tenía quince años tenía un orgullo más que considerable.

-Así es mi padre. En fin, me pasé el fin de semana llorando pero el domingo empecé a ojear el libro y no me acosté hasta terminarlo.

-¿Y tu madre, qué te dijo?

-Mi madre murió cuando yo tenía cinco años.

-Lo siento –dijo Miguel, y durante un instante le tocó la mano que Victoria tenía apoyada contra un estante giratorio lleno de postales.

-Fue hace mucho tiempo.

-Bueno, yo nunca me he creído eso que dicen de que el tiempo lo cura todo –afirmó Miguel.

Y en medio de aquel momento tan íntimo Victoria escuchó su nombre por los altavoces.

-Última llamada para la señora Victoria Casas. Última llamada.

-¡Oh, Dios mío! –exclamó- ¡No puedo perder ese avión, mi jefe me matará!

Victoria y Miguel corrieron hacia la puerta de embarque y no fue hasta que la azafata cerró el acceso al avión, con Victoria a un lado y Miguel en el otro, cuando se dieron cuenta de que no se habían intercambiado ni los números de teléfono ni las direcciones de correo electrónico. Nada.

## 2

### JFK

*Abril*

La cola parecía no avanzar. Victoria llevaba más de una hora esperando para facturar su maleta y empezar el arduo y pesadísimo proceso de cruzar la aduana en un aeropuerto norteamericano. Ella era la siguiente, pero delante estaba embarcando la familia Ulises al completo. Abuela y perro incluidos. La encargada del mostrador no paraba de hacer aparecer etiquetas de debajo de la mesa y las iba pegando a los bultos que parecían inagotables. Por fin le tocó el turno y cuando le dijo a la empleada de la compañía aérea que sólo llevaba una maleta, la señora casi estuvo a punto de abrazarla. Con la tarjeta de embarque en la mano, Victoria se dirigía hacia el control policial cuando de repente se encontró con unos ojos negros que no contaba con volver a ver jamás.

-¿Victoria? –Miguel estaba tan atónito como ella. Estaba más delgado, pero seguía teniendo los hombros más anchos que había visto jamás. Iba despeinado y mal afeitado, pero con esa camisa azul y esos vaqueros, a Victoria le pareció como recién salido de un anuncio.

-¡Miguel! –Corrió hacia él sin pensárselo, pero al quedar el uno frente al otro no lo abrazó como le habría gustado a hacerlo-. ¿Qué haces aquí?

-¿Y tú? –le preguntó él, que no la abrazó pero sí que la sujetó por los brazos.

-Vuelvo a España –respondió Victoria, y deseó con todas sus fuerzas que él le dijera lo mismo.

-Que suerte, yo voy a Colombia –dijo él rompiéndole las ilusiones. Sin ganas, fue aflojando los dedos para soltarla. No podía creerse que el destino hubiera sido tan generoso con él y le hubiera hecho el regalo de volver a coincidir con Victoria. Después de conocerla en Barcelona, Miguel se pasó todo el vuelo de ida a Bolivia insultándose por haber sido tan estúpido y no haberle pedido el número de teléfono o la dirección de correo electrónico. Cuando dejó de insultarse, se maldijo a sí mismo y a todos sus antepasados por ser tan despistado y por haber dejado escapar a esa chica de sonrisa ladeada y ojos verdes y que leía a Shakespeare-. Dame tu dirección de correo electrónico –le pidió al instante-, y tu

número de teléfono –añadió con ímpetu, y se sonrojó al ver lo mal educado que lo había vuelto la desesperación.

Pero a Victoria no debió de parecérselo porque le recitó ambos datos y le pidió los suyos.

-¿Vas a anotarlos en el libro? –le preguntó Miguel sorprendido al ver que sacaba un bolígrafo y apuntaba el teléfono en el interior de otra novela del bardo inglés. *Sueño de una noche de verano*.

-También me la regaló mi padre –le explicó ella-. Nunca pierdo los libros que me regala mi padre –especificó-. ¿Cuándo sale tu avión?

-Dentro de tres horas, ¿y el tuyo?

-También. Mierda –soltó ella de repente.

-¿Qué pasa?

-Nuestras puertas de embarque estarán en terminales distintas. He estado en este aeropuerto tantas veces que me lo conozco como la palma de la mano.

-Mierda –repitió él-. Eso significa que sólo nos quedan dos horas, ¿no?

-Eso me temo –dijo Victoria-. Será mejor que vayamos hacia el control de pasaportes.

Miguel asintió con la cabeza pero no se movió de donde estaba.

-¿Sabes una cosa? Después de lo de Barcelona me prometí a mi mismo que si volvía a verte haría dos cosas.

-¿Dos cosas? –le preguntó algo embobada al darse cuenta de que él también había estado pensando en ella.

-Sí. La primera era pedirte tu dirección y tu teléfono, y la segunda era pedirte una cita.

-¿Una cita?

-Una cita, así que, si me lo permites –dio un paso hacia atrás y sacó el móvil que se había guardado en el bolsillo. Apretó unas teclas y segundos más tarde sonó el móvil de ella.

-¿Diga? –Victoria descolgó.

-Hola –dijo Miguel fingiendo que no la veía plantada delante de él-, soy Miguel. ¿Quieres ir a tomar un café conmigo? Conozco un sitio horrible en medio del aeropuerto de Nueva York.

Victoria sonrió y respondió.

-Claro, pero exijo que me compres una madalena reseca para acompañar el café.

-Hecho.

Ambos colgaron y él se acercó de nuevo a ella.

-¿Vamos? –le ofreció el brazo y Victoria lo aceptó-. Nuestra cita nos está esperando.

Igual que en el aeropuerto de Barcelona, Victoria y Miguel no pararon de hablar y de contarse lo que les había sucedido en esos dos meses que no se habían visto. Ella le explicó que el trabajo de Bruselas había resultado ser soporífero y que el de Nueva York tampoco había sido demasiado excitante. Por su parte, Miguel había tenido que hacerse cargo de un improvisado hospital en el que había más pacientes que medicamentos y luego había tenido que volar a Nueva York para asistir a un acto benéfico para recaudar fondos.

-Miguel, tu trabajo...

-¿Sí?

-¿Es peligroso? –Hasta entonces a Victoria no se le había pasado por la cabeza que el trabajo de Miguel pudiera ser peligroso, pero hacía poco había asistido como intérprete a una conferencia de la O.N.U y le habían surgido serias dudas al respecto.

-A veces –respondió él sincero-. Por desgracia hay grupos armados que utilizan a muchas organizaciones no gubernamentales para sus propios beneficios, y algunos gobiernos no nos quieren en su territorio.

-Tienes que ir con cuidado –le pidió ella en un impulso-. Por favor.

-Siempre voy con cuidado –le aseguró Miguel. Llevaban rato charlando con las manos cogidas, y él aprovechó para acariciarle los nudillos con un dedo-. Te diré lo mismo que le digo a mi madre: no soy idiota y quiero bailar en la boda de mi nieta.

-¿De tu nieta?

-Claro, ¿no creerás que iba a conformarme con vivir sesenta o setenta años, no? Todavía tengo muchas cosas que hacer. –Le guiñó un ojo, y se mordió la lengua para no añadir que por raro y precipitado que pareciera le encantaría que ella también estuviera en esa boda.

-¿Y tu madre que dice?

-Se ríe y me dice que cuando tenga noventa y nueve años tendré suerte de poder caminar.

-Parece sensata.

-Lo es. Le hablé de ti –añadió Miguel de repente, y vio que ella se sonrojaba bajo su mirada-. El día que nos conocimos hablé con mi madre y se lo conté.

Victoria no sabía qué decir, así que no dijo nada y bajó la vista. Y horrorizada comprobó que ya habían pasado dos horas.

-Tenemos que irnos –dijo al levantar la mirada.

Miguel asintió y pagó la cuenta del café más malo del mundo pero que le había proporcionado la mejor cita de toda su vida.

-¿Cuánto tiempo estarás en Madrid? –le preguntó Miguel mientras se acercaban al andén en el que él iba a subirse a un tren rápido que lo llevaría a su terminal.

-Supongo que unos meses, ¿y, tú?, ¿cuánto tiempo vas a estar en Colombia?

-No lo sé-. A Miguel siempre le había apasionado su trabajo, pero en aquel instante deseó ser un oficinista y que ella fuera bibliotecaria-. Victoria... -oyó que se acercaba el tren-, ¿puedo escribirte? Necesito escribirte.

-Claro.

-Quizá dentro de unos meses pueda regresar a España, y si para entonces no te has cansado de mí quizá... -El tren abrió las puertas y empezó a sonar un timbre.

-Tienes que irte –farfulló Victoria.

-¿Nos veremos en Madrid? –Le preguntó mientras levantaba la bolsa que había dejado en el suelo-. Di que sí.

-Sí.

Miguel vio que el tren estaba a punto de cerrar las puertas y sin poder ni querer evitarlo, se agachó y le dio un sencillo beso en los labios. Se apartó antes de que ella tuviera tiempo de abrir los ojos y se metió en el vagón de un salto.

Victoria se quedó mirándolo y se llevó una mano a los labios, y vio que Miguel pronunciaba algo.

«Escríbeme».

## 3

## BARAJAS

*Junio*

Victoria no podía creerse que por fin pudiera volver a ver a Miguel. Estaba tan nerviosa que le sudaban las manos, por no mencionar que se había cambiado de ropa unas doscientas veces. En realidad habían sido seis, pero su habitación tardaría días en recuperarse. Esos dos últimos meses habían sido los más cortos de su vida, y también los más largos. Cortos porque cada día se pasaba horas escribiendo a Miguel y leyendo los correos que él le mandaba. Y largos porque con cada palabra que intercambiaban más necesitaba volver a verlo. También se habían llamado un par de veces, pero la diferencia horaria, y las carencias tecnológicas de la zona en la que estaba destinado Miguel, hacían que fuera más fácil comunicarse por escrito.

«Hoy he vuelto a visitar a esa niña de diez años que necesita un marcapasos. Ojalá pudiera hacer algo más por ella» Le había escrito Miguel en uno de sus correos. «Siempre he creído que en el mundo hay buenas personas, pero viendo injusticias como ésta... cada vez me cuesta más seguir creyéndolo. Te echo de menos. El otro día estaba tumbado mirando las estrellas (mi cabaña no tiene techo) y me pregunté cómo era posible que te echara de menos si apenas nos conocemos. Así que cerré los ojos y traté de encontrarle sentido... hasta que me di cuenta de que me daba igual. No sé si tiene sentido, pero sé que te echo de menos y, verás, la vida es algo muy frágil. Créeme. Siento ser tan desordenado, pero estoy cansado, sucio, resfriado... y te echo de menos. Y quería que lo supieras».

Victoria jamás olvidaría ese correo en el que Miguel le había dejado entrever su alma por primera vez. Al principio se intercambiaban correos de contenido más ligero, pero después de aquél, ninguno de los dos trató de disfrazar con otras palabras lo que estaba sucediendo. Se estaban enamorando. La literatura estaba llena de historias de amor que se forjaban a base de misivas, pues la de ellos dos, pensó Victoria con una sonrisa, era igual pero en el siglo XXI. Se abrió la puerta y salió el primer rebaño de pasajeros y comprobó que Miguel no estaba entre ellos. Miró el reloj. Su vuelo acababa de aterrizar, así que seguro que todavía estaba

esperando a que apareciera su maleta. ¿Traería maleta, no? Victoria no tenía que desplazarse hasta París, su próximo destino laboral, hasta dentro de una semana, y Miguel le había prometido quedarse en Madrid hasta entonces. Una semana. Siete días en los que podrían averiguar si lo que sentían era auténtico, si esas líneas escritas en una pantalla de ordenador podían traducirse en sensaciones más reales. Volvió a abrirse la puerta y salió más gente. Y lo vio. Reconocería aquel pelo negro en cualquier parte. Victoria sonrió y levantó la mano y con la mirada buscó la de él, y se quedó helada. Algo iba mal. No, pensó, son imaginaciones tuyas, se dijo.

-¡Miguel! –lo llamó al mismo tiempo que esquivaba una señora con dos perros metidos en unos bolsos- ¡Miguel!

Él sorteó también a una familia que tenía delante y quedaron el uno frente al otro.

-Victoria –susurró él, y levantó una mano para acariciarle el rostro. Ella le sujetó la muñeca y la retuvo allí. Los dos necesitaban asegurarse de que estaban juntos de verdad.

-No puedo quedarme –confesó él con la voz rota por el cansancio y algo más-. Tengo que coger otro avión dentro de dos horas.

Victoria le soltó la mano y dio un paso hacia atrás.

-¿Qué? ¿Por qué? ¿A dónde?

Estaba tan atónita que ni siquiera notó que un carrito descontrolado le golpeaba las espinillas. Miguel sí lo vio y la apartó, y tiró de Victoria hasta unos bancos que había en una zona de descanso.

-Tengo que coger otro avión. Ha habido unas inundaciones en China.

-Lo sé –dijo ella a la defensiva-. Todo el mundo lo sabe.

-Tengo que ir...

-¿Por qué? ¿Acaso no hay nadie más? –Victoria quería ser solidaria pero era incapaz de resignarse a no pasar esos días con Miguel.

-Tengo que ir. Lo siento muchísimo. –Ella le había apartado la mirada, así que Miguel le sujetó la barbilla con delicadeza y le levantó el rostro-. Mi reemplazo ha sido papá hace poco y me ha pedido que lo sustituya, pero dentro de tres semanas llegará otro equipo y entonces podré tomarme unas vacaciones. No te enfades, por favor.

-No estoy enfadada –dijo Victoria a media voz-. Tú y yo tampoco...

-No te atrevas a decir que no somos nada o cualquier otra tontería por estilo, Victoria. –Miguel la calló con un dedo en los labios-. Tengo que ir a China, pero regresaré y entonces me quedaré en Madrid el tiempo que haga falta para



convencerte de que todo lo que te he escrito durante estos meses es verdad. ¿De acuerdo?

-Dentro de tres semanas estaré en París –respondió Victoria, a la que tras esa declaración el corazón le latía tan rápido que seguro que le saldría por la garganta.

-Pues París. Me da igual, París, Barcelona o Tombuctú, lo único que quiero es pasar tiempo contigo. ¿De acuerdo? –repitió.

-De acuerdo.

Miguel suspiró como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

-Tengo que ir al mostrador de la compañía aérea y recoger el billete. Ni te imaginas lo que he tenido que hacer para poder hacer escala en Madrid –confesó Miguel.

-Podrías habérmelo dicho antes –dijo Victoria que empezaba a sentirse fatal por haber sido tan egoísta-. Lo habría entendido. O lo habría intentado –se sinceró.

-Lo sé, pero tenía que verte. Tenía que verte con mis propios ojos-. Estaban el uno frente al otro, así que él tiró de ella hasta que sus muslos se tocaron. Inclínó la cabeza y descansó la frente contra la de Victoria. Cerró los ojos y respiró hondo, deseando poder capturar para siempre la sensación de tenerla en sus brazos-. Estos meses han sido muy importantes para mí –confesó con los ojos cerrados-. Yo nunca creí que pudiera pasarme algo así... -se calló y trató de organizar sus pensamientos-. Dime que me darás una oportunidad. Por favor.

-Claro...

Victoria iba a decirle que no hacía falta que se lo pidiera de ese modo, que para ella aquellos meses llenos de correos y confesiones también habían sido muy importantes, pero los labios de Miguel se lo impidieron. Miguel atrapó la boca de Victoria con la suya y con ese beso consiguió hacer desaparecer el mundo entero. Él le sujetó el rostro entre las manos y aunque el corazón le galopaba dentro del pecho, se tomó su tiempo para recorrerle los labios. Sólo tenía un beso, uno, pensó Miguel casi desesperado, un único beso tendría que bastarle para soportar los meses de ausencia que le venían por delante. Un beso sería lo único que lo sustentaría cuando de noche pensara en ella, así que iba a besarla hasta que los altavoces del aeropuerto repitieran su nombre. Apartó una mano del rostro de Victoria y le acarició el pelo castaño oscuro. La sintió temblar y fue deslizándole la mano por la espalda hasta detenerse en la cintura. Llevaba un vestido y Miguel se convenció de que podía sentir el tacto de su piel a través de la ropa. A Victoria la habían besado antes, pero fue el beso de Miguel el que le hizo comprender que Julieta hubiera muerto por Romeo. Besar así era entregar el alma y el corazón, y la

experiencia más sensual de toda su vida. En aquellos instantes no le importaba estar en medio de un lugar público, ni siquiera se acordaba de en qué país se encontraba, ahora sólo le importaba seguir sintiendo los labios de Miguel sobre los suyos, su lengua deslizándose con la de ella, la respiración de él acariciándole el rostro, sus dedos apretándole la cintura... y aquel movimiento de caderas que habían ido acompasando el uno al otro. Era maravilloso, y por desgracia efímero.

La realidad se impuso cruelmente cuando los altavoces del aeropuerto volvieron a recitar las normas de seguridad relativas al equipaje de mano. Miguel fue disminuyendo la intensidad del beso pero sus labios se negaron a abandonar los de Victoria. La besó con ternura y se obligó a aflojar los dedos con los que se agarraba a su cintura. Levantó la mano y le acarició el rostro. Ella le capturó una muñeca y apretó la mejilla contra la palma de él.

-Miguel –susurró.

-Tengo que... -trató de responder él, pero se le quebró la voz y no terminó la frase.

-Tienes que ir a buscar el billete. Vamos, te acompaño.

Victoria entrelazó los dedos de una mano con otra de Miguel y juntos trataron de pasar esas dos horas como si nada, y cuando se despidieron, él la volvió a besar y le arrancó de nuevo la promesa de que volverían a verse muy pronto.

## 4

## CHARLES DE GAULLE

*París, cuatro meses más tarde*

A Victoria siempre le había gustado París, pero los últimos tres meses había descubierto lo triste que puede llegar a ser la ciudad más romántica del mundo cuando se echa tan de menos a alguien como ella a Miguel. El primer mes no había sido tan malo, Miguel le había escrito a diario e incluso había conseguido llamarla un par de veces, pero después a Miguel lo trasladaron al interior de China y ya no pudo volver a escribirla. En su último correo, él le explicaba que las últimas lluvias habían arrasado una zona rural y que iban a tener que trasladarse allí. Evidentemente, no tendría ni electricidad ni nada remotamente parecido a internet. Y tampoco tendría tiempo, pensó Victoria al recordar el escrito. Miguel se despedía diciéndole que en cuanto pudiera llamarla o escribirla lo haría, y que pensaría en ella cada segundo. Victoria sabía que él le había dicho la verdad, y sabía que en ciertas zonas rurales de China la situación era muy grave, pero a lo largo de esos cuatro meses había tenido varios momentos en los que había tratado de quitarse a Miguel de la cabeza. «Bueno, pensó al entrar de nuevo en la oficina, quizá de la cabeza pueda quitármelo, pero no del corazón».

-Victoria –la llamó una de sus compañeras. El departamento de traductores e intérpretes que tenía la Unión Europea en París estaba formado por seis traductores fijos y tres de itinerantes, y ella formaba parte del segundo grupo.

-¿Sí?

-Tienes una llamada.

Victoria se sentó en su mesa y descolgó.

-Victoria Casas –dijo al ponerse el auricular en posición.

-Miguel Hernández –dijo una voz cansada al otro lado-. Te he echado tanto de menos –suspiró.

-¡Miguel! ¿Estás bien? ¿Dónde estás? –preguntó Victoria aferrándose al teléfono.

-Estoy en el aeropuerto, ¿puedes venir a buscarme?

-¿Estás aquí?, ¿en París?, ¿de verdad?

-De verdad.

-Ahora mismo voy para allá. –Se puso en pie y buscó su bolso con la mirada-. ¿Por qué no me has llamado antes? ¿Estás bien? –le preguntó de nuevo tras unos segundos, quizá no la había llamado porque le había sucedido algo.

-Estoy bien –le aseguró él-, pero no quise llamarte antes por si al final se torcían los planes. ¿Quieres que coja un taxi? Si me das tu dirección, yo...

-Ni hablar, enseguida voy a buscarte.

-Está bien.

Los dos se quedaron en silencio y él iba ya a colgar cuando oyó que ella pronunciaba su nombre.

-¿Miguel?

-Sí...

-Yo también te he echado de menos.

Victoria colgó y fue a pedirle la tarde libre a su jefe que por suerte, estaba al tanto de todo y se la concedió. En los últimos cuatro meses Victoria había acumulado tantas horas extras que Martín, el jefe de los traductores, le dijo que se tomara también el día siguiente, y Victoria casi lo abraza. Salió de la oficina mucho más feliz de lo que había entrado, y de camino al aeropuerto se negó a preguntarse cuánto tiempo podría quedarse Miguel en París.

En cuanto Victoria vio a Miguel lo único que pudo pensar antes de que él la derratiera a besos fue que no quería volver a pasar tanto tiempo sin verle. No quería volver a pasar ni un día más sin él a su lado. Miguel sabía que sólo podía quedarse en París un día, pero había sido incapaz de decírselo a Victoria por teléfono. Se lo diré cuando terminé de besarla, pensó al tocar los labios de ella con los suyos, pero el beso siguió y siguió, hasta que en lo único en que pudo pensar fue en darle otro beso, y otro, y una caricia, y un...

-Hola –susurró con la respiración entrecortada. Estaban en medio del aeropuerto, y a pesar de que había conocido a Victoria en uno, Miguel no quería que el momento más romántico de toda su vida transcurriera allí.

-Hola –le respondió ella a media voz-. Tienes el pelo más largo-. Le acarició la nuca y él cerró los ojos-.Y estás más delgado-. Deslizó la mano hacia la mejilla y le recorrió el pómulos.

-Vámonos de aquí –dijo Miguel tras carraspear. Si Victoria lo tocaba una vez más, terminaría arrestado por escándalo público.

-Claro, seguro que estás cansado-. Le dio la mano y tiró de él hacia la puerta-. Tengo ganas de que veas el apartamento-. Ella se lo había descrito en los

primeros correos y, aunque no era nada del otro mundo, tenía unas vistas preciosas-. Y si quieres podríamos ir a cenar, o al teatro, o a un museo... -Estaba más nerviosa de lo que creía y no podía parar de balbucear.

-Victoria, lo único que quiero es estar contigo –dijo Miguel, y para demostrárselo le dio otro de esos besos en la cola de los taxis.

Llegaron al apartamento y en cuanto cruzaron el umbral el muro que había levantado Miguel durante esos meses se derrumbó por completo y pegó a Victoria contra la pared para poder besarla con toda la pasión y el amor que había ido acumulando. Victoria había leído sobre besos así, y ahora que era la receptora de uno podía afirmar que toda aquella prosa estaba más que justificada. Era imposible que a alguien lo besaran así y no sintiera la necesidad de escribir sobre ello. Miguel le devoró los labios, apartándose sólo milímetros de tanto en tanto para poder respirar. Cuando él creyó que ya se había impregnado de su sabor, se retiró y se concentró en besarle el cuello, y el lóbulo de la oreja derecha. Con las manos, empezó a desabrocharle los botones de la camisa, y al llegar al segundo se detuvo un segundo. Victoria lo sintió respirar pegado a ella y se dio cuenta de que Miguel estaba tratando de recuperar el control para poder apartarse. Arriesgándose como nunca antes, Victoria colocó una mano encima de la él y lo ayudó a desabrochar el siguiente botón. Miguel siguió con las manos quietas, pero Victoria notó que se le aceleraba el corazón y la reacción la animó a ser más atrevida y con los dedos buscó la cintura de él para levantarle la camiseta y tocar la piel desnuda.

Al sentir los dedos de Victoria contra su estómago, Miguel perdió la batalla que estaba librando contra su conciencia que le decía que antes de hacer el amor tenía que contarle que volvería a irse, y devoró los labios de Victoria. En un correo ella le había contado exactamente como era el piso y Miguel se sentía como si estuviera en casa, aunque probablemente eso se debía a la mujer que tenía en brazos y no a esas cuatro paredes. Perdido en medio del deseo y la necesidad de conectar con la única persona que de verdad le había hecho sentir que estaba vivo, Miguel le quitó la camisa y la cogió en brazos. Atravesó la cocina y fue directo al dormitorio que Victoria le había descrito a la perfección. La tumbó en la cama y antes de seguirla se quitó el jersey y la camiseta. A ella le habían caído los zapatos por el pasillo, y Miguel dejó los suyos junto a la cama. Tumbados el uno al lado del otro, desesperados por tocarse y besarse, Miguel la fue desnudando. Besó y tocó la piel desnuda con los ojos cerrados, y Victoria habría jurado que los movimientos de sus cuerpos se acompañaron hasta fluir como uno solo. Ella le recorrió la espalda

con los dedos, él le besó los pechos. Ella le desabrochó el cinturón, él le quitó las medias. Ella le mordió la clavícula, él le dibujó el ombligo con la lengua. Desnudos y sin dejar de besarse, Miguel y Victoria hicieron el amor. Él se deslizó dentro de ella y tuvo que morderse el labio inferior para no perder el inexistente control que le quedaba. Jamás había sentido aquella conexión con nadie, y su cuerpo y su alma reconocieron al instante aquella sensación de plenitud. Un profundo estremecimiento le recorrió de los pies a la cabeza y cuando notó que Victoria temblaba debajo de él y susurraba su nombre, Miguel se precipitó hacia un orgasmo demoledor que derribó los cimientos de su mundo.

Victoria no podía dejar de besar a Miguel. Él seguía tumbado encima de ella y con la respiración entrecortada, y ella iba acariciándole la espalda al ritmo de los delicados besos que depositaba en el cuello y el hombro de él. Miguel tenía el pelo de la nuca empapado, y el corazón le latía tan rápido como a ella. Estuvieron así un rato, y por Victoria habrían podido seguir toda la noche, pero él se incorporó un poco.

-Yo... -empezó a decir Miguel, pero al encontrarse con los ojos de ella se quedó sin habla. Sabía que en los de él resplandecían también los mismos sentimientos.

-Hola –susurró Victoria con media sonrisa.

-Hola –respondió él más feliz de lo que había sido jamás, y agachó la cabeza para darle un tierno beso en los labios.

Ella siguió acariciándole la espalda y él cerró los ojos y respiró hondo.

-¿Por qué no descansas un rato? Tienes que estar cansado –sugirió Victoria, tapándolo con la manta.

Miguel no dijo nada y durante unos minutos se permitió el lujo de imaginarse qué sucedería si no tuviera que irse de nuevo.

Victoria se despertó en cuanto notó que estaba sola en la cama. Era la primera vez que dormían juntos y su cuerpo ya notaba la ausencia del de él. Se incorporó y se puso el batín, un kimono que había comprado en su única visita a Japón cuando la trasladaron allí durante unas semanas para cubrir una baja en las oficinas del consulado. Fue a la cocina y vio que Miguel estaba sentado en una de las dos sillas que había junto a la mesa. Tenía la cabeza agachada y sujetaba una taza de café entre las manos. No era así como esperaba encontrarlo después de haber hecho el amor con tanta intensidad.

Miguel levantó la vista al oírla, y Victoria supo que algo iba mal.

-Miguel, ¿pasa algo?

-No. Sí... -Movi6 la taza entre los dedos.

-Oh, no. -A Victoria se le hizo un nudo en la garganta-. No me digas que tienes que irte.

Miguel se sintió como un canalla, pero no trat6 de suavizar la verdad.

-Mi avi6n sale dentro de tres horas.

-Tu avi6n sale dentro de tres horas -repiti6 ella. Estaba tan at6nita que no sabía si gritarle, echarlo de su piso a patadas, o abrazarlo y decirle que no se preocupara-. ¿Hacia d6nde?

-A Mozambique.

-Mozambique.

-Sí.

-¿Durante cuánto tiempo?

-Unos meses, todavía no lo sé. Me pidieron que me hiciera cargo del proyecto...

-No quiero saberlo- dijo Victoria sorprendiéndose a sí misma-. Estoy convencida de que tu intervenci6n es vital -suspir6 derrotada. Y resignada-. Pero no quiero saberlo. No sé si eso me convierte en mala persona, pero la verdad es que -se le rompi6 la voz-... la verdad es que no puedo seguir así.

-Victoria... -Se puso en pie-. No digas eso, por favor.

-No puedo seguir así, enamorándome de un hombre que mañana mismo puede desaparecer.

-Eso te pasaría con cualquiera -dijo él más a la defensiva-. Incluso un oficinista puede sufrir un accidente mortal.

-No me refiero a eso. Y lo sabes. Dios -se sec6 una lágrima-, me he pasado los últimos tres meses sin saber si estabas bien. Podrías haberte muerto en medio de China y yo no me habría enterado.

-Te he puesto como persona de contacto. Te habrían llamado.

-¿Y se supone que eso tiene que consolarme? Miguel, no quiero que te pase nada. Y sé que tú necesitas hacer lo que haces, pero yo... -Durante unos segundos fue incapaz de hablar-. Yo, no puedo seguir así.

-Victoria-. A Miguel se le estaba rompiendo el corazón.

-Seamos sinceros, Miguel, apenas hemos pasado veinticuatro horas juntos. Lo único que hemos compartido han sido aeropuertos, correos electrónicos y... - señal6 el dormitorio.

-Hemos hecho el amor, Victoria. Yo nunca había compartido algo tan íntimo con nadie. Dame algo de tiempo, quizá dentro de unos años.

¿Años?, gritó Victoria en su cabeza, consciente de lo que tenía que hacer pero al mismo tiempo incapaz de hacerlo.

-Hace un mes mi padre tuvo un infarto. Está bien –añadió al ver que Miguel la miraba preocupado-, pero tuve que pasar por todo eso sola. Estuve sola en la sala de espera, y si hubiera sucedido lo peor, también habría estado sola. Y hace una semana fui a la boda de una de mis mejores amigas, Sofía, creo que te hablé de ella en una ocasión-. Miguel asintió y ella continuó-. Estuve sentada sola en la mesa. A veces creo que no existes, que sólo eres fruto de mi imaginación.

-Existo, Victoria –le dijo él emocionado cogiéndole la mano-. Existo y quiero estar contigo.

-No lo suficiente. Miguel, no voy a pedirte que dejes tu trabajo por mí, esa decisión deberías tomarla tú solo, pero ambos sabemos que no vas a hacerlo. Si quisieras, podrías trabajar en España y seguir ayudando a los más necesitados. Podrías quedarte en cualquier lugar y arriesgarte a crear algo con otra persona.

-La única con la que me imagino haciendo eres tú, Victoria.

-No digas eso –le pidió ella triste-. Ayer no me dijiste que te ibas, y ahora mismo, si eres sincero contigo mismo, tienes que reconocer que ni siquiera te planteas quedarte.

Él apretó la mandíbula y se sonrojó. Victoria tenía razón, si era brutalmente sincero consigo mismo tenía que confesar que iba a coger ese avión. La miró y vio lo preciosa que era, y tuvo miedo. Él nunca había tenido una relación con nadie, nunca había necesitado a otra persona para ser feliz. Sintió pánico.

-¿Qué quieres hacer? –le preguntó.

-Lo que querría hacer es besarte y volver a la cama, y olvidarme de esta conversación. Me gustaría despertarme dentro de un rato e ir de paseo contigo. Hacer turismo. Nos besaríamos en la Torre Eiffel y luego volveríamos aquí a hacer el amor.

-Sería maravilloso –murmuró él-. Dame tiempo, Victoria, quizá dentro de unos meses...

-No. Dentro de unos meses podrás venir una semana, y luego volverás a irte y yo volveré a echarte en cara que no hayas estado. Terminaría odiándote, a ti y a mí misma, y te quiero demasiado para hacerlo. No, lo mejor será que te vayas y que no volvamos a vernos.

-¿Lo mejor para quién? –preguntó él demasiado dolido como para controlar el tono.



-Para mí –contestó sincera-. Tengo que pensar en mí, Miguel, si no lo hago, esto que sentimos el uno por el otro terminará por destrozarme. Ahora podré recuperarme.

Él la miró a los ojos y supo que si la amaba, y aunque no se lo había dicho no tenía ninguna duda de que así era, tenía que dejarla ir.

-Está bien. –Se agachó y le dio un cariñoso beso en los labios-. Voy a recoger mis cosas.

Media hora más tarde, Miguel salió del piso y de la vida de Victoria para siempre.

## 5

## OLIVER REGINALD TAMBO

*Navidad*

Era un idiota. Un imbécil. El rey de los imbéciles. Miguel había tardado medio segundo en darse cuenta de que había cometido un error al dejar a Victoria y dos meses en reunir el valor necesario para ir a pedirle perdón.

Aquella tarde en París, después de abandonar el apartamento de Victoria, Miguel caminó durante media hora sin rumbo fijo. Luego, como un autómata, se metió en un taxi y fue al aeropuerto. Repitió una coreografía que se sabía de memoria; facturar el equipaje, obtener la tarjeta de embarque, pasar el control de pasaportes, y esperar. ¿Esperar a qué? Siguiendo la misma tónica, se subió al avión y luego a otro, y una eternidad más tarde llegó a Maputo. En ninguno de los vuelos cerró los ojos, temeroso de que si lo hacía se acordaría de los ojos de Victoria, de sus besos, y perdería la cabeza.

Había sido un cobarde, un auténtico cobarde. Ahora podía reconocer, al menos para sí mismo, que el motivo principal por el que se había ido del piso de Victoria era porque tenía miedo de que ella cuando terminara de conocerlo no lo quisiera. Una cosa era que se creyera enamorada de un valiente médico que vivía aventuras por todo el mundo, y la otra que lo siguiera estando de Miguel, un tipo corriente. Todo eso eran un montón de estupideces, el único modo de averiguar si Victoria podía amarlo era estando con ella y él se esforzaría como un loco en hacerla feliz, en conquistarla, y si al final no lo conseguía, lo superaría. Él la amaba, y no quería pasarse el resto de sus días preguntándose si habría sido feliz con Victoria a su lado. El problema era que por culpa de su propia estupidez, quizá ya fuera demasiado tarde. Oyó que sonaban las sirenas y levantó la cabeza, llevaba horas mirando el billete de avión que tenía en la mano; un billete de ida a París para dentro de dos días, sólo de ida. Ni siquiera sabía si Victoria seguía allí, y no quería llamarla antes, no quería que le dijera que no quería verlo. Al ruido de las sirenas se añadieron unos disparos y por fin reaccionó.

-¡Miguel, joder, te necesitamos! -Víctor, su mejor amigo, apareció por la puerta del dormitorio. Llevaba la bata blanca manchada de sangre y tenía la frente empapada de sudor-. Date prisa.

Horas más tarde, lo último que vio Miguel antes de que le cayera encima el techo de la enfermería fueron los ojos de Victoria.

Victoria estaba bien, muy bien, ya no se le llenaban los ojos cada vez que pensaba en Miguel, sólo una de vez en cuando. Por eso cuando esa mañana vio el nombre de Miguel reflejado en la pantalla del móvil casi tuvo un infarto. ¿Lo cogía? No, mejor no, pero su mano, gracias a Dios, actuó por decisión propia y descolgó.

-¿Sí?

-¿Victoria? -Esa voz no era la de Miguel-. Soy Víctor, no me cuelgues.

-¿Víctor? -Victoria no entendía nada.

-Víctor Robleño, el amigo de Miguel.

-Ah, sí, Víctor-. Miguel le había hablado de él en una ocasión.

-Victoria, sé que las cosas no terminaron bien entre Miguel y tú -respiró hondo-, pero Miguel ha sufrido un accidente -dijo de un tirón como si no estuviese seguro de que debía hacerlo-, y pensé, pensé que te gustaría saberlo.

A Victoria se le paró el corazón, y supo sin ni el menor atisbo de duda que no había olvidado a Miguel y que jamás le olvidaría.

-¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? ¿Dónde está? -Fue incapaz de decidir qué pregunta era más importante.

-Está ingresado en el hospital central de Johannesburgo, tuvieron que trasladarlo allí desde Mozambique. Yo estoy con él-. Volvió a tomar aire-. Atacaron el hospital en el que estábamos trabajando, a Miguel se le desplomó el techo de la enfermería, había un incendio y, bueno, ya sabes cómo es Miguel.

-Dios. Mañana estaré allí -afirmó. Nunca había pedido ningún favor, pero si después de trabajar tantos años para organismos oficiales no conseguía que alguien la subiera al primer avión rumbo Sud África, le cortaría la cabeza a alguien.

-Yo tengo el móvil de Miguel conmigo -dijo Víctor aliviado-. Vendré a buscarte cuando llegues.

-De acuerdo-. Tenía que colgar y empezar a hacer llamadas cuanto antes.

-Victoria.

-¿Sí?

-Miguel iba a venir a buscarte.

Victoria derramó la primera lágrima, había conseguido aguantar hasta entonces.

-Gracias por llamarme, Víctor.

18 horas más tarde, y cortesía de la embajada británica, Victoria aterrizaba en Johannesburgo.

Miguel no podía despertar de aquella pesadilla. Estaba en medio de un precioso bosque y veía a Victoria esperándolo a lo lejos. Estaba sentada encima de una manta en la que había una cesta de picnic. Qué raro, ellos nunca habían ido de picnic. Él tenía mucho calor, a decir verdad, era como si estuviera en llamas, y cuando trataba de dar un paso hacia el río que había al lado sus pies se hundían en el suelo, y si trataba de acercarse a Victoria todavía era peor, entonces le quemaban los ojos y le salía el corazón del pecho.

Victoria creía estar preparada para ver a Miguel, pero cuando la colocaron tras el cristal que había en la UCI se habría caído al suelo si Víctor no hubiera estado allí. Miguel estaba tumbado en una cama conectado a varias máquinas. Tenía el pecho vendado y también parte de la cabeza, en una pierna llevaba unas gasas para las quemaduras, y en la otra un yeso. Tenía suerte de seguir con vida.

-¿Puedo entrar? –preguntó Victoria. Suplicó.

-Iré a preguntarlo –dijo Víctor, y le apretó la mano-. Pidió por ti-. Con el mentón señaló a Miguel-. Cuando le sacaron de debajo de los escombros, dijo tu nombre. Primero creí que no le había oído bien, pero el muy terco se me aferró a la bata con una mano y abrió los ojos, y me dijo que te dijera que te quería y que le perdonaras.

Victoria se secó las lágrimas.

-Yo también le quiero.

-Vamos, iré a buscar a una enfermera para que te deje entrar.

La pesadilla cambió. Miguel ya no estaba en medio del bosque, estaba nadando, no, se estaba ahogando en medio de un mar oscuro. Un mar oscuro y solitario. Sin Victoria, nunca más volvería a estar con Victoria. La había perdido. Para siempre. Por su culpa.

-Victoria –farfulló-. Victoria

-Tranquilo, estoy aquí -. Ella le apretó la mano.

Miguel abrió los ojos de golpe.

-¿Victoria?

Miguel trató de levantarse y el dolor, y los cables de las máquinas a las que estaba conectado, se lo impidieron.

-No te muevas-. Victoria se levantó de la silla de la que llevaba tres días casi sin moverse, y se sentó en la cama con cuidado de no hacerle daño-. Tendría que ir a avisar al médico.

-No te vayas -. Aquella frase consiguió que Miguel levantara la mano que tenía más cerca de Victoria y se sujetara a su jersey. Se la veía agotada. Preocupada. Preciosa-. Lo siento-. Tenía que decirlo, y al terminar de pronunciarlo notó que se le llenaban los ojos de lágrimas-. Aquella tarde, en París –No pudo continuar-. Lo siento.

-Tranquilo, no importa-. Lo miró a los ojos y él supo que era verdad

-Te quiero, Victoria. Dame la oportunidad de demostrártelo, por favor.

Ella levantó una mano y le acarició el pelo, quería tocarlo para asegurarse de que no estaba soñando.

-Primero tienes que recuperarte –le dijo cautelosa. Sí, Miguel había tenido intención de ir a verla, ella misma había encontrado el billete de avión que confirmaba lo que le había dicho Juan, pero aquello no significaba que Miguel estuviera dispuesto a tener una relación seria con ella. Y quizá ahora lo único que sucedía era que él estaba agradecido de que ella hubiera ido hasta allí a verlo. No, lo mejor sería esperar a que él saliera del hospital.

Miguel la miró a los ojos y los de él perdieron algo de brillo.

-No me crees –dijo en voz baja.

-No es eso –se apresuró a decir ella, no quería que él se alterase.

-No me extraña –añadió Miguel serio-, y es culpa mía. –Notó que ella le pasaba los nudillos por el pómulos y recitó-: *Mis labios, peregrinos ruborizados, quisieran hacer penitencia con un dulce beso.*

-Romeo y Julieta –susurró ella, recordando el libro con el que se conocieron.

-Dame un beso, Victoria. Por favor.

Victoria le miró e inclinó la cabeza despacio. Y le besó. Y le besó otra vez. Y otra. Hasta que apareció una enfermera y la riñó por no haber avisado de que el paciente se había despertado.

-Me las he leído todas –confesó él cuando volvieron a quedarse solos.

-¿Todas las qué? –preguntó ella confusa.

-Las obras de Shakespeare, bueno, al menos las más famosas –añadió algo ruborizado-. Y Romeo y Julieta me la sé casi de memoria. Tenía pensando ir a París, a suplicarte que me perdonaras, y pensé –levantó una mano, la única en la que no llevaba ninguna aguja clavada-, pensé que te gustaría que me las hubiera leído, y bueno... -estaba farfullando, él nunca farfullaba.

-Miguel, cállate. Duerme-. Le dio un beso en la punta de la nariz-. Tienes que descansar. Juan vendrá a verte dentro de un rato.

Él volvió a atrapar los dedos de Victoria.

-Prométeme que me darás una oportunidad.

-Ya la tienes –le dijo ella-, siempre la has tenido. Y ahora duérmete.

-Te quiero, Victoria.

-Duérmete.

### *1 año más tarde en Madrid*

-Te dije que contratáramos a una empresa de mudanzas –le recordó Victoria a Miguel después de conseguir meter el sofá por el hueco de la escalera-. Mañana te dolerá el brazo.

-Así esta noche podré pedirte que me mimes –le dijo él tras darle un beso, y cuando ella se relajó contra su torso, la cogió en brazos.

-¿Qué haces?

-Cruzar la puerta contigo en brazos –le dijo mirándola como si fuera boba por no entenderlo-. Es la tradición.

Victoria le sonrió y se agarró al cuello.

-Nunca pensé que pudiera ser tan feliz. Ni siquiera sabía que existía tal nivel de felicidad, y pensar que estuve a punto de perderte-. La dejó en el suelo y la besó. Siempre que se acordaba de lo de París y de lo de Mozambique la besaba con desesperación. En París había sido un cobarde, y en Mozambique casi termina muerto. Por suerte, Victoria le había querido lo suficiente como para acudir a su lado, y cuando Miguel despertó del coma no paró hasta que ella accedió a darle una segunda oportunidad. Fueron unos meses difíciles; él tuvo que recuperarse físicamente y los dos tuvieron que hacer concesiones. Miguel lo tenía muy claro, lo único que quería era estar al lado de Victoria, no quería volver a tener que despedirse de ella en un aeropuerto nunca más. Y Victoria, aunque al principio tenía todavía un poco de miedo de que Miguel cambiara de opinión, decidió arriesgarse y le abrió su corazón. En cuanto él se recuperó lo suficiente como para volar, regresaron juntos a España. Ella se instaló en casa de su padre y pronto encontró trabajo en un ministerio. Él, muy a su pesar, regresó al apartamento que le prestaba un amigo siempre que iba a la ciudad. En cuanto a su vida profesional, Miguel se dio cuenta de que en Madrid también podía ayudar a mucha gente. Victoria, fiel a su palabra, le dio una segunda oportunidad, y Miguel no la desaprovechó; aprovechó todos y cada uno de los días para conocerla mejor, para

conquistarla de nuevo, para besarla. Y cuando le resultó imposible seguir esperando le pidió que se fueran a vivir juntos. Y ella dijo que sí.

-Te amo, Victoria –le dijo tras otro beso.

-Yo también te amo, Miguel.

-¿Te acuerdas de cuando me dijiste que creías que yo no existía?

-Claro-. Se lo había dicho aquella tarde en París-. Estaba dolida.

-Y tenías razón. En esa época, no existía, pero ahora sí. Ahora que te tengo a ti, a nuestra vida, ahora existo.

Victoria se puso de puntillas y lo besó. En el último año Miguel la había desarmado varias veces, pero aquella confesión le había llegado al alma.

-Te quiero –le recordó cuando dejó de besarlo.

-Y yo –dijo él-. Y me pasaré el resto de la vida demostrándotelo.

-Ya lo has hecho.

No te olvides de visitar mi  
página web  
[www.annacasnovas.com](http://www.annacasnovas.com)  
y contarme si te ha gustado.